

MEJICO, CIEN AÑOS

EL SEGUNDO IMPERIO

una aventura neocolonial



EL 15 de septiembre de 1810 se levantan en Dolores por la independencia de Méjico el cura Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y los hermanos Aldama. Hidalgo decreta la libertad de los esclavos y es fusilado con Allende en Chihuahua. Morelos, otro cura, proclama la independencia a finales de 1815 y es fusilado en San Cristóbal Ecatepec por Agustín Iturbide. Iturbide se nombra emperador; vencido y desterrado, vuelve otra vez y es fusilado en Padilla el 19 de julio de 1824. En los treinta y seis años que siguieron a la caída de Iturbide, Méjico tuvo un promedio de un presidente anual y hubo constantes luchas entre conservadores y liberales. El 31 de enero de 1861 entró en la capital Benito Juárez, un abogado indio: «A cada cual, según su capacidad... Así no habrá clases privilegiadas ni preferencias injustas».



Maximiliano y Carlota, impuestos como emperadores de Méjico por la voluntad y las bayonetas de Napoleón III, tenían una corte donde no faltaban «los mantos de armiño, las coronas de oro, los guardias de uniforme rojo y las carrozas». Proclamados emperadores en una ceremonia celebrada en la catedral de Méjico, pasaron luego al Palacio Nacional (arriba). Entre tanto, Benito Juárez, presidente de la República, era perseguido de pueblo en pueblo por los soldados imperiales franceses.

LA esclavitud que había abolido Hidalgo persistía en Méjico disfrazada de peonaje. El peón vivía con anticipos que rescataba trabajando. El peón y su familia quedaban, de hecho, tan ligados a los prestatarios que pertenecían a ellos de generación en generación. Juárez suprimió la institución del peonaje. De ella se habían beneficiado los grandes hacendados, herederos de los eriollos que combatieron contra España consiguiendo ventajas económicas con la independencia. La mano de obra indígena no mejoró su situación y la empeoró en bastantes casos. Los intentos revolucionarios de Hidalgo, Morelos y los caudillos indigenistas fracasaron por falta de apoyo exterior y de las oligarquías nacionales. Expulsada España, las potencias coloniales no necesitaron conquistar tierras americanas para sacar de ellas provechosos beneficios. La venalidad de muchos gobernantes les permitía controlar la economía de los países. Cuando la estabilidad política era necesaria para **SIGUE**





Maximiliano, archiduque de Habsburgo. Los diplomáticos le llamaron «archiduque», archienañado.



El Segundo Imperio cayó en 1867. Maximiliano fue apresado y estuvo recluido algún tiempo en el convento de las Carmelitas (arriba). Abajo, el Cerro de las Campanas, en Querétaro, último refugio de Maximiliano, Miramón y Mejía. Entre los generales juaristas que asediaron la plaza fuerte de Querétaro estuvo Porfirio Díaz, más tarde dictador de Méjico durante treinta y tres años. Maximiliano intentó atraerlo a su causa.



sus negocios colocaban a un dictador, sustituido tan pronto como resultaba incómodo. Raras veces hacía falta la intervención militar directa, aunque no se descartaba. Francia, por ejemplo, estaba interesada en que Bolivia tuviese el puerto de Arica para, entre otras cosas, poder bombardearlo si sus intereses se veían afectados por alguna revolución.

A los nueve meses de la entrada de Juárez en Méjico, Francia, Inglaterra y España firmaron el Pacto de Londres para intervenir en Méjico y «proteger» a sus súbditos en aquel país. Juárez había expulsado a Pacheco, ministro de España, que se negó a reconocerle como Presidente, y había suspendido el pago de la deuda exterior, que se hacía en forma parcial, para hacerlo más tarde en bloque. Pío IX se adhirió moralmente al pacto. El alto clero mejicano estaba asustado con las leyes desamortizadoras de Juárez. Amenazó con la excomunión a quien comprara sus tierras y luego, ante el temor de que los anatemas no dieran resultado, llamó a las potencias extranjeras.

Dos meses después del pacto la escuadra española conquistó Veracruz, y a primeros del año siguiente desembarcaron fuerzas franco-inglesas. Juárez convenció a españoles e ingleses, que se retiraron, y la aventura neo-colonial quedó en manos del ejército francés. Desde su exilio, Víctor Hugo dirigió una proclama a los mejicanos: «No es Francia quien os hace la guerra, es el Imperio».

El mariscal Bazaine se encargó de preparar al archiduque Maximiliano —escogido para emperador de Méjico— «un lecho de rosas en una mina de oro». Méjico no era precisamente un país riquísimo. Un ingeniero francés describía así la vida de los indios, que formaban casi el noventa por ciento de la población: «He visto hombres azotados hasta saltarles sangre; he puesto literalmente el dedo en las llagas; he dado de comer a familias que se morían de hambre, llevadas al trabajo con el látigo del mayordomo; he visto hombres que se morían de agotamiento, cargados de cadenas, arrastrándose al sol para acabar su vida bajo la mirada de Dios, arrojados después en un agujero como un perro muerto».

EL SEGUNDO IMPERIO



Carlota: sueños de grandeza y reconciliación universal en un pueblo donde existía la esclavitud.

A este país llegó Maximiliano, desde su retiro veneciano de Miramar, donde pasaba los días metido en una habitación llena de aparatos marítimos. En mayo de 1864 —el año de «Syllabus»— desembarcó en Veracruz. En junio, Maximiliano y su mujer Carlota fueron proclamados emperadores, para «procurar el bienestar y prosperidad de la nación». El misticismo de Carlota y el difuso paternalismo de Maximiliano, su alejamiento de la realidad, les impidió escuchar los comentarios de los viejos diplomáticos que juzgaban en Europa la aventura de Maximiliano:

—Ce n'est pas un archiduc, mais un archiduque!

Un «archiduque», un archiengañado, un «primo».

SIGUE



El Teatro Principal, arriba, hoy Teatro de la República. Aquí fue juzgado Maximiliano y condenado a muerte. Juárez contestó a las peticiones de clemencia: «Si yo no hiciera la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida a él, y aun pediría la mía también». Abajo, el palacio de Cortés, en Cuernavaca, residencia temporal de Maximiliano, que desde allí escribía a Europa: «Los asuntos van bien». Mientras tanto, el mariscal Bazaine ordenaba fusilar a los prisioneros mejicanos.



Desde el acorazado «Novara», que le trajo a Veracruz, Maximiliano escribió a Juárez, justificando su llegada por el «llamamiento espontáneo que le hace un pueblo» y pidiendo su colaboración. El Presidente de la República contesta al archiduque: «Una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente». El plebiscito popular, los legajos llenos de peticiones para que aceptase la corona mejicana, fueron arrancados a un pueblo de analfabetos por los soldados de Bazaine.

Durante unos años el ejército francés dominará la mayor parte del país y Juárez tendrá que ir huyendo de una ciudad a otra. Bazaine, ejerciendo de virrey, lanza circulares a sus jefes: «Una lucha hasta el último extremo, entablada entre la barbarie y la civilización». La civilización es Bazaine, que ordena: «No admito que se hagan prisioneros. Todo individuo, cualquiera que fuere, que sea cogido con las armas en la mano, será fusilado». Maximiliano restaura la institución del peonaje; pero no se atreve a entregar Sonora al emperador francés, por miedo a exasperar más a los mejicanos sometidos. Carlota, en sus viajes a varias de las regiones más pobres del país, decreta la abolición de los castigos corporales y la limitación de las horas de trabajo. Las disposiciones quedan sobre el papel. Manejados por las fuerzas reaccionarias, que en ocasiones han

estado descontentas de ellos, la ilusa pareja imperial cree arreglar la situación del país con sueños de reconciliación universal, que se quedan en nada.

Al norte de Río Grande acaba la guerra de Secesión y las cosas se ponen malas para Maximiliano. El presidente Johnson escribe a Napoleón III: «El Gobierno de los Estados Unidos está muy descontento». Cuando Maximiliano firmó el decreto restaurando la institución del peonaje, en la Cámara de Representantes se habló de «restablecimiento de la esclavitud en Méjico». En febrero de 1866, Juárez escribe: «Esa insistencia del Gobierno americano, o mejor dicho, del Gobierno de los Estados Unidos del Norte, dará en qué pensar al lobo grande de las Tullerías y lo obligará a retirar de México sus fuerzas, diciendo, como la zorra de la fábula, que están verdes, porque... no es Napoleón el que ha de emprender una guerra con ese Gobierno. Los lobos no se muerden, se respetan».

En Francia, la oposición republicana pide la evacuación de las tropas. Napoleón escribe a Maximiliano: «Con penoso sentimiento... La imposibilidad de pedir nuevos subsidios...». En Méjico, Carlota quiere hacer un último esfuerzo y marcha a Europa para intentar que las fuerzas francesas se queden. Las guerrillas mejicanas han crecido, los nuevos guerrilleros, los «chinacos» cantan con sorna:

*«La nave va en los mares
botando cual pelota;
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor».*

Juárez está en El Paso y de allí marcha a Chihuahua. Luego a Durango, Las fuerzas republicanas empujan a los imperiales. En las tropas juaristas destaca un joven general: Porfirio Díaz.

Napoleón niega los socorros que Carlota pide y ésta termina loca. El emperador Francisco José notifica a Maximiliano que si intenta volver a sus dominios será apresado. Su madre le dice que muera antes de volver. Maximiliano —agotado por la enfermedad, enervado por libaciones demasiado copiosas y por excesos de todas clases», dice un historiador— piensa en volver a Europa, pero un consejero, el padre Fischer, lo disuade. El primero de diciembre de 1866 dicta un manifiesto por el que se entrega completamente a los más ultras. Sus generales van de derrota en derrota. Nombra a Márquez gobernador militar de Méjico. A Márquez le llamaban «El tigre de Tacubaya». Cuando a la salida de los franceses se encargó del mando en la ciudad, dio un breve bando: «Ya me conocéis. Si no os estáis quietos, me conoceréis todavía mejor».

Querétaro es el último refugio de Maxi-



En la mañana del 19 de junio de 1867, Maximiliano fue fusilado entre sus generales Mejía y Miramón. Meses antes, el propio Maximiliano escribió a Miramón dándole instrucciones para el caso en que lograra capturar a los jefes mejicanos: un consejo de guerra los habría condenado a muerte. Los mejicanos fueron inflexibles.



Muerto Maximiliano —Ingenuo instrumento de las potencias europeas—, Juárez publicó un «Manifiesto justificativo»: «Europa se pone de rodillas ante el César, aunque viole los más sagrados fueros de los hombres; pero el Primer Magistrado de una República de América, si castiga a un príncipe extranjero por atentar contra la vida nacional de todo un pueblo, a quien degüella, debe ser tenido como excomulgado vitando allá en Europa». «Caiga el pueblo mejicano de rodillas ante Dios».

liano. Llega allí en febrero de 1867 con los generales Miramón y Mejía, después de algún afortunado golpe de mano de los imperiales y de alguna maniobra extraña, como la intentada en Puebla al ofrecer a Porfirio Díaz el mando de la ciudad. El inviable imperio «quisling» que Napoleón III quiso crear en Méjico como contrapeso a los Estados Unidos se ha venido abajo. Querétaro es una plaza fuerte, casi inexpugnable. La noche del 14 de mayo el general juarista Escobedo tiene una misteriosa entrevista con el coronel López, que manda un regimiento imperial. Al día siguiente los mejicanos entran en la ciudad por la zona que defiende López. Maximiliano, Miramón y Mejía huyen al cerro de las Campanas, donde los ataca la artillería de Escobedo y se rinden.

Maximiliano, Miramón y Mejía fueron juzgados por un consejo de guerra y fusilados en la mañana del 19 de junio de 1867. Juárez gobernó hasta 1872. Cinco años después tomó el poder Porfirio Díaz, que ejerció la dictadura durante treinta y tres años. La Revolución lo expulsó en 1911.

VICTOR MARQUEZ

Reportaje gráfico: PATELLANI-MONDIAL PRESS



La prisión de Maximiliano: «Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de Méjico». Antes ha escrito: «El Imperio no tiene fuerza moral ni material; la opinión se pronuncia contra él».